

I

Había una carta para mí en el cajetín para llaves de la pensión.

Por poco no la leo: no encontraba cerillas y traía una pieza en verso en la cabeza. Pero a través del cristal mugriento llegaba algún reflejo de la luna y vi un ribete negro.

«Tu padre está un poco enfermo desde hace algún tiempo...», me había escrito mi madre la semana anterior. Esta vez me decía que el sufrimiento había acabado y que mi padre había muerto.

Y aquí estoy, en la casa de luto, en una silla cercana a la cama en la que descansa el cadáver.

Mi madre está en el cuarto de al lado, blanca como la cera, con los ojos fijos, las manos juntas. ¡Creo que se olvida de nosotros y está mirando el cielo!

Sin embargo, me ha pedido que no cierre la puerta, que yo estaba empujando para estar a solas con el muerto: obedecí a medias. Necesito pensar, ¡quizá llorar!, y

no me gustaría tener más testigo de mi sueño o de mis lágrimas que al que está bajo esa sábana blanca.

Es la primera vez que estamos tranquilos el uno junto al otro, o en un silencio sin cólera. Durante mucho tiempo hemos sido enemigos. Hicimos las paces, pero la reconciliación nos llevó una velada. La lucha había durado diez años.

Tengo veintitrés.

Mi corazón ha pasado tres cuartos de ese tiempo sangrando por culpa de los míos, quienes, sin quererlo, por ignorancia de lo que son los corazones infantiles, me hundieron desde muy pequeño en el hastío y en el dolor.

En la calma de esta noche, a través de la ventana que ha quedado entreabierta, vislumbro en el jardín grandes árboles, y veo una hacina de heno. La luna extiende plata sobre los prados. Ah, estaba hecho para crecer y madurar en medio de ese heno, de esos árboles... ¡Habría sido un hermoso campesino! ¡Nos habríamos querido a gusto los tres: el padre, la madre y el chico!

Pero habían despreciado, casi odiado, esa tierra sobre la que habían visto gastar tanto sudor y tanta pena, para tan poco provecho, y quisieron venir a la ciudad porque mi padre sabía un poco de latín, aprendido en casa de su tío, un viejo cura de campo; mi madre prefirió ser la mujer de un profesor que la de un campesino. Ésta es la razón por la que he sido su víctima.

Es su sangre de pueblo la que corre por mis venas. Ellos hicieron de su carne mi carne, golosa de aire libre y de olor a naturaleza. ¡Ellos quisieron, al mismo tiempo, hacer de mí un señor y un prisionero!

Desde los siete años me encerraron en un colegio. La muerte es algo lúgubre de ver: a ratos, cerca de esta cama que ocupa, algunos escalofríos recorren mi corazón. ¡Pues bien! ¡Recuerdo que con doce años quise matarme porque el colegio era demasiado triste y demasiado cruel para mí! Sí, padre, usted, que está aquí con su frente pálida y dura como el mármol, crea mi palabra de hoy: he sufrido hasta querer ser, con doce años, la estatua fría y dura que es usted ahora.

No se imaginaba mi suplicio. Usted pensaba que eran ademanes de niño y me forzaba a sufrir la brutalidad de los maestros, a quedarme en aquel presidio, por amor hacia mí, por mi bien, puesto que pensaba que su hijo saldría de allí sabio y hombre. No me he convertido en sabio más que con el dolor; y si soy un hombre es porque desde la infancia me rebelé.

La que está aquí al lado, muda y aterrorizada, mi madre, sumaba a los suplicios del colegio el suplicio del amor a la *candela*. ¡Campesina de origen, había visto en los campos cómo se pegaba a los niños y no se quejaban!

Pero los empellones de pueblo no hacen daño, y no parecen tan malos al aire libre como los golpes que se

dan a los niños de ciudad, porque éstos tienen una naturaleza más sensible y se los toman a pecho.

No sufría porque me pegaran. Era porque creía que no me querían.

Además, cuando veía que trataban de hacerme ceder por la fuerza, me parecía ruin, ya que era muy pequeño y no podía defenderme.

Ahora sé que me equivocaba, que era un error de vuestro espíritu y no de vuestro corazón. Pero no quita para que hayamos sufrido amargamente: yo por vuestra dureza aparente, vosotros por mis legítimas rebeldías.

¡Ni siquiera hemos tenido tiempo de volver a vernos para estrecharnos la mano y abrazarnos! ¡Se acabó!

Al menos ¿pensó un poco en mí antes de sentir cómo se le iba la vida? ¿Buscó mi imagen en el espacio, con toda la fuerza de su mirada suprema?... Me dicen que en su delirio preguntó de qué lado estaba París, y quiso que hacia allí giraran su cabeza, que ahora está caída y me mira...

No me asusta su figura honesta y bella. En esos rasgos que la comedia de la vida ya no tensa, leo la explicación de lo que parecía ser mi ingratitud...

¡Ese rostro está lleno de virtud y de dolor!

Es que aquél de quien fui hijo fue un hombre honesto y sufridor.

¿No es tu viejo diccionario de los tiempos de las oposiciones a cátedra lo que veo en esa estantería?

Ah, si no temiera asustar a la viuda, que llora, y parecer que deshonro la majestuosidad del velatorio supremo, cogería esos libros y los destrozaría, gritándoles: «¡Habéis matado a mi padre!».

¡Y es verdad! ¡Mi desdicha, la suya, todo viene de ahí! Esa profesión de sarnoso profesor estropea y altera las almas. Las estropea porque lo que se enseña entra poco a poco en la sangre. Enseña que los niños espartanos se dejaban comer las tripas por los zorros sin llorar siquiera... ¡Se puede llegar a pegar a un hijo para ejercitarle en el dolor y comprobar si es valiente! El alma del profesor se ulcera a cada hora, a cada minuto.

Bajo sus ojos cerrados para siempre, en ese hueco del lagrimal donde ya no habrá lloros, ¡cuántos dolores escondidos! Al lado del golpe de la muerte sobre las sienes, siento el golpe de los verdugos con toga, que humillaban y amenazaban. Pobre profesor, un director o un jefe de estudios sujetaba en la punta de su dedo el pan, casi el honor, de la familia. Una simple nota de uno de esos pedantes irritados podía quedar para siempre como una mancha en nuestro honor. ¡Pobre padre! Entiendo que sintiera esa cólera que recaía sobre mí... ¡Me quejo por haber sufrido! ¡No, él fue la víctima y el golpe!

¡El hombre aquí tumbado no tiene ni cuarenta y ocho años! No ha recibido una bala en la cabeza, no lo ha atropellado un carro. Con esa edad se ha apagado, y no se puede decir realmente «llevado por la muerte», sino

«gastado por la vida». ¡Muere por haber sido encuartelado y humillado; muere porque el corazón se le aplastó entre las páginas de los libros de texto; muere por haber creído en ello y haberlo convertido en su oficio, por haberse condenado a comer el pan gubernamental, con la cadena al cuello!

Si hubiera seguido siendo un hombre libre, todavía estaría de pie bajo el sol, parecería mi hermano mayor; ¡y qué orgullosos estaríamos los dos!

—¡Jules!

Es mi madre quien me llama.

Me atrae hacia ella y me coge las manos:

—¿Qué piensas hacer ahora que tu padre está muerto?... Dímelo en voz baja...

Parece que temiera despertarlo.

—¡Déjeme que charle un poco más con mi padre antes de que lo entierren!

Se disculpa con un gesto triste y dulce de la cabeza.

—Yo voy a intentar descansar —prosigue—, quisiera tener los ojos despejados mañana, en el cementerio.

¿Qué voy a hacer yo a partir de ahora? Eso depende de lo que nos deje mi padre tras veintisiete años de trabajo, tras veintisiete años de clases de latín.

Ahora, ¿qué queda de ese montón de cosas muertas en el testamento?

¿El testamento? El notario, el señor Poncin, ha dicho que había un testamento y hablaríamos mañana. Lo

que me gustaría saber es su último pensamiento, el último gesto antes del delirio. Entre esos papeles, que parecen haber sido revueltos recientemente, ¿no hay nada que guarde una señal de todo ello?

Recuerdo que, siendo un niño, quise robar un día la hucha donde, en el colegio, metían una moneda blanca para el *soldado de cuota*. Buscando el lugar donde la escondían, un *rincón íntimo*, dejé caer unas cartas: hablaban mal del director.

He ahí, ahora, el mueble donde estaba la hucha: ha seguido a mi padre en todos sus viajes. Aquí está el cajón. Parece que me llama... Veo una carta a medio acabar... Y a medio meter en el portapapeles. No le dio tiempo a mi padre; alguien lo sorprendió. Pensó que podría volver a arrastrarse hasta el escritorio, pero la enfermedad lo clavó en el lecho, impotente y paralizado...

«A mi hijo: ¡Jules! Siento que voy a morir... Antes de desaparecer, me gustaría volver a verte. ¿Querías tú verme a mí? Te he hecho sufrir. Perdóname.»

En ese punto hay un borrón, y como una estrella: son los restos de una lágrima.

¡Perdonarle! ¡Soy yo, querido muerto, quien se acerca a usted y le implora perdón!

Perdón por mis locuras, perdón por mi ira; perdón por las palabras de rebeldía y los gestos de ingratitud que irritaban su corazón... su corazón de mártir oscuro, de ajusticiado sin gloria...

«No os dejo nada. Lo que había ahorrado desde hacía quince años se lo presté un día a un amigo que vino a mí diciendo que iba a ser deshonrado. Nosotros estábamos seguros del honor. Se llevó el dinero y no lo he vuelto a ver. He cometido este crimen para con vosotros y apenas quedará un trozo de pan para tu madre, ¡un trozo de pan negro!»

Si a mi madre le queda con qué vivir, eso es todo lo que hace falta. Y ahora, en vez de maldecir mis recuerdos, por los que usted me pide piedad, los bendigo. Ha hecho de mí un hombre robusto y orgulloso. ¡Puso la rebeldía en mis venas desde niño, hiriendo sin quererlo mi alma. También puso su sentido del honor, y he aquí que tomo su nombre y tomo su lugar en la vida, honesto sin esforzarme, valiente a mi pesar gracias a mis batallas de colegio y a mis miserias de París!

¡Mis miserias! ¿Pero qué digo? Recibía cuarenta francos a primeros de mes. Mi padre me concedió esa renta. Era poco, pero seguía siendo pan, una cama. No todos tenían tanto, y los que no encontraban cada mañana esas veintiséis perras y algunos céntimos en su faltriquera desgarrada me consideraban dichoso.

Quizá sea ésa la razón por la que no he pasado por el aro ni he tomado una decisión para ganarme, de una forma u otra, la vida...

Pero no, he hecho todo lo que debía para encontrar trabajo; y si no lo he encontrado, no es porque me asus-



tara trabajar (no más de lo que le asustaba a mi padre). Pero me asustaba la vergüenza, no quería ponerme ese collar que él se ató al cuello y que estranguló su juventud, su alegría y su corazón... No quería un oficio en el que se es esclavo.

¡Eso no es todo! Me olvido de ese infame día que nos arruinó y que se llama 2 de Diciembre... Yo estaba allí cuando pegaron los carteles del Golpe de Estado. Esperábamos, voluntarios de diecisiete años, el momento de saltar a la plaza pública para morir, si fuera necesario, en nombre de la República y de la libertad... Pensábamos que, si sobrevivíamos, encontraríamos, a cambio de nuestra valentía, una forma de ganarnos el pan por el camino, aquí o allá. Pero vino Canrobert... Todavía lo veo en la plaza de la Madeleine, a caballo en medio de los cañones. ¡Mataron a Baudin, los soldados eligieron a Bonaparte como emperador, consagrándolo a golpe de tambores!... y nos metieron las narices en el lodo...

¿Qué he hecho desde entonces?

No he sido cobarde. Al no poder ser periodista u oficial republicano, he querido, valientemente, quedarme con el pueblo y ser obrero.

Me parece que la sábana blanca se alza y mi padre me hace un gesto de dolor... Me parece que la luna en el cielo tiene la misma mueca que cierta noche, ¡hace ocho años! Aquella noche me quisieron pegar porque dije: «Quiero ser obrero».

Me defendí y los vecinos gritaron: «¡Al asesino!». Mi padre gritaba: «¡Al deshonor!». Consideraba un deshonor que pensase en cambiar la toga del colegio por la blusa del aprendiz...

Después de Diciembre, lejos de ellos, en el silencio de un París aterrizado y vencido, se me ocurrió de nuevo esta idea. Hoy vuelve a invadir mi corazón.

Trabajar con el sudor de mi frente. Manejar desde las seis de la mañana el martillo, la garlopa, la lima o el pico; y por la noche pensar y leer; y escribir también, para los vencidos y los pobres...

En la calle, los oigo pasar para ir al taller. Pasan silbando, con aire fuerte y libre. Van a vender su tiempo y no su libertad... Le dan vueltas a una rueda pero no les piden que le den coba. No tienen que besar las sandalias de los jefes ni saludar hasta el suelo al inspector, el obispo o el prefecto. Pueden morir sin Dios, si les viene en gana... Mi padre no creía en Dios, sin embargo, ha pedido que lo entierren religiosamente porque el ministerio de Instrucción Pública roería la pensión de la viuda si osase emanciparse, incluso tras el último suspiro, y se negase a entrar en la iglesia llevado por el enterrador...

¡Obrero! ¡Soy obrero!...

¿Qué pasa, velador de cadáveres que te entusiasmas y olvidas tu velar para ponerte imaginariamente una blusa y saltar a las máquinas? ¿Acaso has olvidado lo que te dijo aquel hombre al que preguntaste tras Diciembre?

Era un viejo de cara honesta, mejillas hundidas, cabellos grises. Te escuchó hasta el final; luego, con una sonrisa dolorosa, te habló. Es cierto, lo veo como si estuviera aquí. «Mírame –dijo–, soy viejo antes de tiempo. Sin embargo, nunca he sido un borracho ni un vago. He trabajado siempre y ahora, con cincuenta y dos años, apenas gano para vivir. Me ayuda mi hijo. Él me ha comprado estos zapatos. Está casado y es como robarle a sus hijos pequeños.» Hablaba tan tristemente que se me saltaron unas lágrimas. «Enjúguese los ojos, hijo. No se trata de compadecerme, sino de reflexionar, vea usted. Hay que empezar joven para ser un buen obrero, y cuando se ha ido al colegio siempre se es demasiado para el taller. Allí no le querrían y sería desdichado. De todas formas, al cabo de una vida en blusa llega una en harapos. Todos los obreros acaban en la Caridad, sea la del gobierno o la de sus hijos... a menos que mueran en la Croix-Rousse... ¡Pero, si le pesa la vida, es necesario ser obrero para que le maten en una barricada...!»

Tenía razón... ¿Qué habrá sido de él? Muerto, quizá, como mi padre; ¡más desdichadamente, sin duda! ¿Pero no he metido en mis bolsillos, al salir de París, los papeles que me importan y que han marcado mi vida? Ahí debe de estar el trozo de carta que ese obrero con blusa dejó un día para mí en la mantequería donde lo conocí y por donde no ha vuelto a aparecer. La he leído a menudo; los pliegues se rasgan pero las letras no se han borrado.

«Vamos, tome partido por el paletó pobre y haga lo que se hace cuando a uno le han metido los brazos en las mangas de ese traje.

»Podrá caerse de cansancio y de miseria como los vigilantes o los profesores de los que habla. Si cae, ¡adiós, muy buenas! Si resiste, seguirá en pie en medio de los paletós como un defensor de la blusa. ¡Jovencito, ahí hay un sitio que ocupar!... ¡No sea demasiado sensato para su edad! No piense sólo en la alegría de estar seguro de sus cien perras al día y del pan cocido que cada sábado rodaría en sus bolsillos de obrero... Eso es un poco egoísta, camarada... ¡No se debe pensar tanto en el propio estómago cuando se tiene lo que parece usted tener en el corazón!»

Esta carta parece acusarme de cobardía; por otra parte me promete la sopa de la tasca al principio, pero la olla de la caridad y la sopa del hospicio al final... Finalmente, si hace años era demasiado viejo para ser aprendiz, mírenme hoy.

¡Adiós a las herramientas!

Pero haré como dice. Seguiré en pie en medio de los paletós como defensor de la blusa –o más bien de los pobres...-. El traje de mi padre también escondía la librea de la caridad del gobierno, que podía echarle del colegio como se echa del refectorio al que no está registrado en el hospicio... No ha sido destituido más que por la muerte. Está bien... pero es una suerte... Otros